



The Economist

Traducción Gabriel Humberto García Ayala

Gracias a Dios por los entusiastas y los obsesivos. Si todos tuvieran siempre una visión equilibrada de todo, nunca se haría nada. Pero cuando la visión del mundo de los activistas se filtra en el serio aparato de formulación de políticas y foros globales, tienden a tomar malas decisiones. Eso, desafortunadamente, es especialmente cierto en el mundo del cambio climático.

Un ejemplo es el efecto del calentamiento global que afecta a las poblaciones más pobres del mundo. A medida que el planeta se calienta, los fenómenos extremos como sequías, inundaciones y tormentas se vuelven más comunes y severos. Muchos lugares se están volviendo menos habitables. En las próximas décadas, muchos agricultores se volverán más vulnerables, desde Malí hasta el delta del Mekong, encontrarán que sus cosechas fracasan con mayor frecuencia. Y a medida que los recursos escaseen, estallarán enfrentamientos sociales.

Este patrón ya no es solo una advertencia de los activistas. Es

aceptado por la corriente principal hasta el punto en que los temores de un aumento en la migración climática son alimento para la derecha. Como es comprensible que a la gente le preocupe la idea de que el cambio climático obligue a los agricultores pobres a dejar atrás sus tierras ancestrales, un objetivo importante del gasto en adaptación es ayudarlos a quedarse.

Sin embargo, la verdad es más compleja. La gran mayoría de las personas desplazadas no cruzarán las fronteras internacionales sino que se moverán dentro de su propio país. Para 2050, entre 50 y 216 millones de personas podrían moverse internamente. Y muchos serán habitantes de zonas rurales que se trasladarán a las ciudades, donde es probable que sus vidas mejoren. La urbanización generalmente ayuda al desarrollo, acercando a las personas a las escuelas, la atención médica y los trabajos bien remunerados, así como a normas sociales más liberales, en particular para las mujeres. Este no es un argumento a favor del cambio climático. Pero sugiere que una forma rentable y beneficiosa de gasto en adaptación climática sería ayudar a las personas a mudarse, en lugar de preservar las pequeñas granjas en condiciones cada vez más difíciles.

Hay otro ejemplo, más profundo, del peligro del pensamiento grupal climático. Desde los paneles de Davos hasta las páginas de los periódicos, se argumenta cada vez más que no existe compensación entre el desarrollo económico de los países de bajos y medianos ingresos y la reducción de sus emisiones de gases de efecto invernadero. Esto se debe a que gran parte del mundo rico ha realizado con éxito algunos recortes en las emisiones sin dejar de crecer, y sus líderes quieren más de lo mismo. Pero lo que es más importante, se debe a que los gobiernos y los bancos de desarrollo con presupuestos limitados se esfuerzan por admitir que no todos sus objetivos pueden conciliarse y que, por lo tanto, deben elegir entre ellos.

Sin embargo, deben tomar una decisión porque la compensación está a la vista. El crecimiento es la mejor manera de sacar a las personas de la pobreza y mejorar el nivel de vida promedio. Pero en el mundo en desarrollo, un mayor crecimiento conduce a más emisiones. Investigadores del FMI descubrieron que en 72 países en desarrollo desde 1990, un aumento del 1 % en el PIB anual se asoció en promedio con un aumento del 0,7 % en las emisiones. Para 2030, solo India e Indonesia, países de rápido crecimiento, habrán aumentado sus

emisiones anuales en el equivalente a más de 800 millones de toneladas de dióxido de carbono, una cantidad adicional de gases de efecto invernadero equivalentes a los de Alemania. En otros grandes mercados emergentes como Brasil, Egipto y Filipinas, las emisiones también están aumentando.

Muchos líderes del mundo rico dicen que pueden cuadrar el círculo financiando proyectos de desarrollo verde que, en teoría, reducen las emisiones e impulsan el crecimiento al mismo tiempo. Eso es cierto hasta cierto punto. Pero, sin una fijación adecuada del precio del carbono y el comercio transfronterizo de emisiones para alentar al sector privado a invertir por iniciativa propia, es una tarea enormemente costosa y diabólicamente compleja. El 23 de junio, al concluir una cumbre en París, los países ricos nuevamente se comprometieron a cumplir el objetivo de proporcionar \$100 mil millones al año en “financiamiento climático” para financiar tales proyectos. Sin embargo, eso es solo una fracción de la inversión anual de \$ 2,8 billones que se cree es necesario para 2030 para poner al mundo en desarrollo en un camino de crecimiento verde, de los cuales al menos \$ 1 billón probablemente deba provenir de países ricos.

La realidad de los recursos limitados empeora la compensación. La necesidad de gastar dinero en la descarbonización de las grandes economías en desarrollo, que ya ofrecen a los ciudadanos servicios razonables, amenaza los presupuestos de ayuda para pagar cosas como vacunas y educación en las zonas más pobres de África. A diferencia de Brasil o India, digamos, es poco probable que esas naciones contribuyan de manera significativa a las emisiones globales.

Sin embargo, pierden cuando la ayuda y los préstamos extranjeros vienen con condiciones ecológicas. Además de enfrentarse a presupuestos de salud y educación más pequeños, es posible que encuentren escasos fondos para ampliar una red eléctrica alimentada por gas, aunque nadie esté dispuesto a pagar los costes mucho mayores de convertirla en amigable con el medio ambiente. Los gobiernos africanos se resienten con razón de que se les diga que reduzcan las emisiones en lugar de ayudar a las personas que lo necesitan desesperadamente, especialmente dado que los occidentales continúan expulsando carbono.

Como resultado, mientras los líderes bromean sobre el crecimiento

sostenible, entre bastidores se desarrolla una lucha épica por los recursos entre quienes favorecen el desarrollo tal como se practicaba en décadas pasadas y los que quieren que el aparato de ayuda exterior del mundo se vuelva hacia la descarbonización. Es una batalla por lo que es peor: un hoy más pobre o un mañana más caluroso.

La virtud de las decisiones difíciles

Esa es una elección crucial, dada la fuerza moral del argumento de que el mundo rico debería pagar las facturas climáticas del mundo en desarrollo. Las temperaturas globales dependen de las existencias de carbono en la atmósfera, no del flujo actual de emisiones. Por persona, el mundo rico ha sido desproporcionadamente responsable del aumento de las temperaturas globales y tiene más capacidad para responder a ellas. Los países pobres carecen de los recursos para invertir en la reducción de las emisiones o adaptarse al cambio climático. Sin embargo, en relación con el tamaño de sus economías, enfrentan los mayores costos.

Al igual que con la decisión entre prevenir o acoger la migración inducida por el clima y fingir que esta opción no existe no ayuda a nadie. La política significa que no es probable ni un precio adecuado del carbono ni suficiente dinero occidental. Los recursos limitados hacen que sea esencial extraer el mayor valor posible de lo que está disponible. La aprensión por sopesar los costos y los beneficios, derivada de un deseo bien intencionado de evitar toda injusticia, se interpone en el camino. Y las consecuencias de esa evasión recaen con más fuerza sobre los más necesitados.